

## ...Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON

JUAN CASTELL QUILES

No sé dónde leí que en los sueños es donde se manifiesta nuestro verdadero carácter. Que en los sueños hacemos cosas impensables para nosotros mismos y que en los sueños podemos atisbar un poco de nuestro interior. Espero que estas afirmaciones sean un poco exageradas porque si no... apañado estoy.

Tengo que empezar diciendo que soy un verdadero fanático de Leopoldo Alas, Clarín, autor de "La Regenta", que es la segunda mejor novela española (detrás del Quijote, claro). Y esto lo digo y lo defiendo donde sea. Que en mis años mozos releí tantas veces esa novela que me sabía hasta de memoria algunos fragmentos. Que quise doctorarme con una tesis sobre ella. Y que conocía y conozco la vida y milagros de don Leopoldo, casi tanto como la mía propia. Sin embargo...

\*\*\*

Cuando uno es catedrático de Derecho Penal en una universidad como la de Oviedo, tiene unas costumbres casi tan rígidas como la de los canónigos de la catedral. Llega a su facultad temprano, se despoja de la levita, deja la chistera en su lugar correspondiente, se viste de toga y muceta, se coloca con la mayor elegancia el birrete y sale a su aula a dictar su curso. Los estudiantes, muchos de ellos, no te hacen ni caso, pero así ha sido siempre... y así será si Dios no lo remedia (que no lo remediará porque anda metido en otros berenjenales... y que Él me perdone). Se habla, se pide silencio, se sale de clase al término... y así uno y otro día.

Yo tenía la suerte de ser muy amigo de Leopoldo, Leopoldo Alas, se entiende. Catedrático como yo, en la misma Facultad, crítico literario afamado y temido incluso en Madrid... digo que soy muy amigo. Y lo soy. Tanto es así que jugamos al tresillo en el Casino, paseamos por el Espolón, criticamos a los canónigos... y bebemos algunas sidritas de vez en cuando, aunque él no es muy dado a la bebida.

Los días van pasando plácidos. Lluve, llueve y llueve en este Oviedo de mis amores. Los chanclos ayudan pero no remedian del todo lo irremediable. Llegas a la cátedra sin ganas de nada, de nada de lo que debes hacer. Pero cuando de peor humor llegas, te encuentras con Leopoldo. Leopoldo, siempre serio, pero con esa mirada burlona, con esa media sonrisa que apenas oculta su bigote.

—Que llegas tarde, Joaquín, que vuelves a llegar tarde— y corre con pasitos breves hacia su aula. Porque él también está llegando algo tarde, cosa rara en un hombre de puntualidad militar. Lo veo entrar, sentarse detrás de la anchísima mesa. Toquetea sin necesidad el tintero, coloca la escribanía de plata y aparta un poco la campanilla.

Leopoldo es bajito y muy delgado. Apenas lo distingo sentado en su cátedra. Los estudiantes lo miran en silencio reverente. Me ha dicho que quiere hablar conmigo de algo muy serio. Que a mediodía nos vemos en el casino... ¡A mediodía! Precisamente, cuando los socios, si los hay, están enfrascados en la lectura de los periódicos, pero más atentos a lo que se habla en los corrillos o en parejas que en lo que se aparenta leer. Veremos...

Llega el mediodía. Me siento a una mesa y pido un copa de vino. Alas tarda unos diez o doce minutos. Llega andando ligero. La barba parece más rojiza en la semipenumbra del salón. Se sienta, me mira y me sonríe con timidez.

—Tú dirás, Clarín— cuando estamos solos, lo suelo nombrar con su temible seudónimo. Creo que le gusta porque así se siente más joven, menos catedrático serio y, por fuerza, ceñudo en demasiadas ocasiones.

—Verás, Joaquín. Es algo muy importante para mí y quiero consultártelo.

—No te pongas así, chico. Dime de qué se trata y confía en mí. Sabes que puedes contar conmigo siempre.

—Lo sé, Joaquín, lo sé—y sus ojos empiezan a brillar—. Verás, tú conoces mejor que nadie mis trabajos como crítico —y ataja con un gesto mi

comentario—. Tú sabes que me temen en Madrid, aunque está mal que lo diga —asiento en silencio—. Pues bien... bueno, pues resulta que he escrito una novela... —asombro por mi parte. Mejor dicho, que la estoy acabando. Vaya, prácticamente está lista. Tengo que revisar el capítulo final. Cuestión de unas horas...

—Me dejas sin palabras, Leopoldo... ¡Qué callado te lo tenías, bandido! Y ¿de qué se trata?

—Es una historia de amor y de engaño situada aquí, en Oviedo.

—¿Aquí? No me jodas... ¿Qué dirá la gente? Se va armar una...

—No, si no la llamo Oviedo. La ciudad de mi novela es Vetusta... Pero no sólo quería contarte esto... Verás... Tú eres mi amigo y puedo confiar en ti...

—Por supuesto, hombre. Ni que decirlo tienes...

—Es que... bueno, sea, es que ¡tengo miedo!

—¿Miedo? ¿De qué tienes tú miedo?

—Soy crítico, como sabes, publico mis críticas en Madrid y tengo fama de ser inexorable. Dicho en plata, que no me caso con nadie... He atizado muchos mandobles... Se me respeta, sí, pero más se me teme... Clarín ha pasado a ser sinónimo de azote de malos tiempos...

—Pero esta es la misión de crítico, ¿no?

—Naturalmente, pero cuando el crítico sale a la palestra como autor... ay de él si no ha acertado. Ay de él, es decir, de mí, si la novela no gusta... Sé que la leerán con el cuchillo entre los dientes, como los piratas de antaño cuando se tiraban al abordaje... En fin, quería desahogarme contigo... Ahora me siento más tranquilo.

—¡Triunfarás, Clarín! —pronuncié el alias con rotundidad—. Triunfarás porque eres el mejor y, si has escrito una novela y la pretendes publicar, es porque ves que es una buena novela...

—Sí, creo que no es mala. He gozado mucho escribiéndola. Ha habido momentos de verdadera embriaguez, y perdona la frase... Sí, creo que es una buena novela...

A los tres días, llegó a la facultad y me buscó en la Sala de Profesores. Entró andando ligero con sus pasitos acostumbrados. Me miró y me hizo un gesto con la cabeza invitándome a seguirlo. Me llevó a su

despacho y allí abrió el maletín y sacó un grueso paquete. Me lo tendió con firmeza.

—Llévatelo, léelo y me dices qué te ha parecido... —y sin dejarme pronunciar palabra, abandonó el despacho.

*La regenta*, leí en la primera página. *Novela. Leopoldo Alas, "Clarín"*. La guardé en mi cartera y me fui a mi primera clase.

\*

*La heroica ciudad dormía la siesta...* ¡Un endecasílabo iniciaba la obra! Empecé a leer... y no pude dejar de hacerlo en varias horas. ¡Era una obra maestra! ¡Cómo penetraba en el alma de los personajes! ¡Cómo hacía un retrato exacto, preciso y real de Oviedo —su Vetusta! ¡Cómo iba introduciendo ideas, sentimientos, acciones, deseos, ficciones... y todo tipo de elementos!

Llegué al final y quedé fascinado del todo: *Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo*. ¡Era una obra maestra, genial!

Empecé a copiarla febrilmente. Página tras página, hora tras hora. Me di de baja quince días con la excusa de un fuerte catarro que se había complicado. No salía de mi despacho más que para comer y cenar. Leopoldo me fue a ver un par de veces. Lo recibía en mi habitación. No me atrevía a que en cualquier otro sitio hubiera algún indicio de lo que estaba haciendo.

Cuando terminé, regresé a las clases y le devolví el manuscrito. Le dije que me había gustado, pero que creía que ciertos momentos —y le enumeré algunos improvisando— podían ser retocados. Podían alcanzar mayor profundidad de sentimientos. Me miró con aquellos ojillos asustados y se pasó la mano por la barba como peinándola...

—Tienes razón, debo insistir un poco en esos aspectos... Gracias, Joaquín. Sabía que podía contar contigo.

—De todas maneras, Leopoldo, es una gran novela. No temas, ¡se rendirán!

—Esperemos, chico, esperemos. De momento, voy a hacerte caso y revisar no sólo lo que me indicas sino toda la novela. No quiero fallos. No tengo prisa. He tardado en decidirme a esta labor y ahora no quería estropearla por las prisas.

—¿Has pensado ya quién te la publicará?

—Hay un tal Daniel Cortezo en Barcelona que dirige una llamada Biblioteca “Arte y Letras”. Probaré. Me consta que es empresa seria y de fiar.

Mandé al tal Cortezo dos capítulos, el primero y el del encuentro entre Don Álvaro y Ana en el balcón de los Vegallana. Al poco tiempo recibí una carta en que se me invitaba a viajar a Barcelona para tratar acerca de la posible publicación de la novela.

Viajé a Barcelona con la copia que había sacado de la novela. Hablé con don Daniel. Nos pusimos de acuerdo pronto en lo tocante a dinero, edición, ejemplares, distribución... Saldría en dos volúmenes, el primero en poco tiempo. Firmé el contrato y regresé a Oviedo.

\*

Camino a la Facultad, en la librería próxima a ella, en lugar bien visible, *La regenta. Novela. Joaquín Herranz Arcos*. Seis ejemplares en fila, como los reclutas del Regimiento...

¿Qué diría Clarín? ¿Cómo me miraría?... En aquel momento, al intentar imaginarme su mirada, sentí pánico por primera vez. Faltaban veinte o treinta metros para llegar a mi destino... ¿Cómo me miraría?...

\*

Por suerte, me desperté y no tuve que aguantar la mirada de mi amigo... ¿Cómo hubiera sido?... Bah, los sueños...

(Jamás me hubiera imaginado tan canalla...).